



Detalle del retablo del altar mayor. Iglesia de San Marcelo. Fotografía: María Angélica Rozas

Nota editorial

El descalabro de la educación en el Perú y la época de pandemia

¿Cómo la situación indefinida –camino al descalabro– por la que atraviesa nuestro país, afecta a la educación y las artes? Enormemente. Es cierto que la pandemia de la COVID-19 tuvo buena parte de la culpa y nos sorprendió con una amplia desigualdad en el acceso a los servicios de salud, ya insuficientes, y con un sistema desarticulado. A esto se agrega también la idiosincrasia de nuestra población que, dejándose llevar por la publicidad engañosa echó mano a medicinas inapropiadas recomendadas por mercaderes sin consciencia. Nos faltó reflejos rápidos para hacerle frente a una pandemia que paralizó a la nación. Los médicos y enfermeras se entregaron al trabajo, sí, pero no se tomó en cuenta otro peligro que la pandemia arrastraba: ¿qué pasaría con los miles de alumnos que se ausentarían de las aulas? El Ministerio de Educación entró en ataraxia indefinida. ¿Por qué no respondimos de inmediato para atender el caso de la educación que iba de frente al desastre? A veces pienso que nuestro país es una colonia de dementes que han perdido la orientación y que caminan tristemente hacia ningún sitio. ¿Por qué somos de esta manera? Las ciencias sociales peruanas han hecho un buen diagnóstico, incidiendo en que mientras los peruanos no tengan acceso a la educación integral no podrán cambiar su destino. Un buen programa de educación nacional debería ofrecer al ciudadano materias que sirvan para lograr una conciencia limpia y activa, el empaque y la seguridad con las cuales pueda sentirse creador y dueño de su destino. Hasta ahora no lo tenemos.

He buscado en los libros algún ejemplo de naciones que, unidas, hayan formado su identidad para salir adelante y alcanzar el bienestar de su población gracias a su capacidad creativa, y he encontrado los casos de Glasgow y Edimburgo, en Escocia, que aunque son una realidad diversa a la nuestra, son un buen ejemplo de unión cuando se debe hacer patria. Donald Klingender, en su libro sobre la Revolución Industrial¹, nos dice que, en el siglo XVIII, «las viejas familias de mercaderes y propietarios de tierras consideraban a los nuevos industriales como una clase inferior; sin embargo, muchos de ellos eran inconformistas, cosa que los separaba de la cultura oficial de la clase al poder. Excluidos de la universidad, se vieron obligados a proveer su propia educación y la adaptaron a las necesidades del tiempo. Así, en Inglaterra del siglo XVIII, las academias inconformistas representaban los institutos educativos más al día». El ambiente progresista, «reforzado por un sistema de educación superior y de universidad a bajo costo, condicionó el excepcional esplendor de la vida intelectual escocesa del siglo XVIII. En estrecho contacto con el pensamiento

1 Francis Donal Klingender, *Arte e rivoluzione industriale*, Einaudi Editori, Torino, 1972.

continental, Escocia ocupó una posición de guía en la filosofía, la estética, la medicina y las ciencias naturales. Pero su contribución más importante fue un nuevo modo de considerar la historia y una nueva ciencia de la sociedad».

¿Por qué no podemos lanzarnos por ese camino? Ahora que la pandemia está cediendo, debemos crear, con los especialistas, un *nuevo programa de educación integral* con vistas al futuro; desistamos de la improvisación, el inmediateismo y los intereses personales. El problema no lo vamos a solucionar en el tiempo que dura un quinquenio presidencial. El programa tiene que estar tan bien hecho y protegido para que las posibles borrascas políticas no puedan vulnerarlo. ¿Pero cómo se hace para mantenerlo incólume? El programa integral deberá seguir el proyecto hasta que tengamos promociones de intelectuales, maestros y científicos estratégicamente distribuidos por el territorio nacional. Y, desde luego, la universidad que acoja el programa no tendría sede en la capital, sino en los Andes. Y quien crea que el arte es ajeno al programa propuesto, que recapacite y piense que el arte mismo está en la raíz de la creación humana y también natural; basta con revisar los trabajos de Leonardo o ver cómo se desarrollan las espirales de un cactus.

Aunque nuestros hombres precolombinos no se propusieron hacer «arte» en el sentido en que lo entendemos hoy, tenían gran sensibilidad: basta ver los mantos paracas y la ornamentación de su ropa, o la cerámica pintada, para convencer al crítico de arte más exigente. Tenemos que convenir en que nuestros antepasados tenían una sensibilidad especial que hacía posible diseños exclusivos de su cultura, y que nos han legado como herencia. No dejemos que se pierda; no caigamos en la banalidad de un arte sin arraigo y sin valores.

No queremos cerrar este nuevo número de *Illapa*, sin agradecer a nuestros amigos Dr. Iván Rodríguez Chávez, Herman Schwarz, al presbítero Alberto Ávalos Jara de la parroquia de San Marcelo, Martina Negrón, Kelly Carpio, Enzo Borsellino, Renato Cáceres, Rosanna Kuon, Rocío Trinidad, Andrés Buendía, Iván Llaque y Rosa Canasa.

Con un saludo lleno de esperanza, ¡por una Feliz Navidad!

Alfonso Castrillón Vizcarra



Detalle del retablo del altar mayor. Iglesia de San Marcelo. Fotografía: María Angélica Rozas